

# ELECTRA

Revista semanal.

## SUMARIO

**Las Industrias españolas**, por R. Sánchez Díaz; **Retratos de la época: Villamediana**, por Manuel Machado; **El amigo Ossorio**, por Pío Baroja; **Letras francesas: El Rufián**, por Jean Moreas; **Toros**, por Rubén Darío; **Don Ramiro: Heine**, por Eduardo Benot; **Campañas periodísticas: Labor de Penélope**, por Cristóbal de Castro; **París: Espejo de cortesanas**, por Enrique Gómez Carrillo; **Flores de ensueño**, por Villaespesa; **Carta de Portugal**, por Mayer Garçao; **Adega**, por Ramón del Valle-Inclán; **La patria natural**, por G. Alomar; **Mística**, por Juan R. Jiménez; **Causas de nuestra incultura**, por Vicente Arabar.

REDACCIÓN

Calle de Argensola, 9.

ADMINISTRACIÓN

Espíritu Santo, 18, bajo.

MADRID

15 céntimos.



# Electra.

ANO I.

Madrid 13 de Abril de 1901.

Núm. 5.

## Las industrias españolas.

ELECTRA, que es un periódico batallador, reformador, de juventud de espíritu y de vigor material, debe esforzarse en romper á puñetazos la rutina que acogota al país. No debe dedicarse sólo á hacer literatura sincera, despreocupada y culta. Ese es un medio, desde luego, capaz de revolucionar hasta lo más hondo; un medio muy práctico, sin duda, de ir metiendo en el alma del pueblo las ideas nuevas que levantan el corazón de los demás pueblos. Es hacer rebeldes, es hacer dignos, es transformar el rebaño triste que parte rencoroso y cobarde á lo largo de las estepas castellanas...

Pero ELECTRA debe hacer su revolución en el trabajo. Nuestro periódico debe hacer esfuerzos colosales por dedicar secciones bien dirigidas encaminadas á hablar de industrias, de agricultura, de minas... No, es claro, como tratan esas revistas dedicadas exclusivamente á esos asuntos. Sino de otra manera más hermosa, más levantadora, más sugestiva, á fin de que en nuestros industriales, de que en nuestros trabajadores surja el afán al estudio, á lo moderno, al viaje, á la progresión, á *la rabia* por alcanzar el triunfo sobre tal otro industrial. Ahí vendrá bien la literatura: una literatura nueva. La poesía nueva de las fábricas, las estrofas grandes y estridentes.

Nuestros industriales no leen; nuestros agricultores lo mismo. Paso por la meseta castellana, cuando voy á Madrid, ó dormido ó leyendo. No he podido, por terror á la tristeza y al pasado, detenerme nunca en ninguna estación de la estepa. Cuando se sube algún viajero me parece de siglos atrás, de muy atrás. Si habla, habla del extranjero como de un misterio inmenso... He ido de paso—digo—y no sé lo que hacen en Castilla con sus trigos y con sus aperos. Pero vista la planicie con sus arroyos para moler, creo firmemente en nuestra pobreza y en nuestra ignorancia. Sin maquinaria agrícola nueva, sin canales, fiados todavía como indios estúpidos en que las procesiones darán las cosechas, sin poder meter en la terquedad legendaria el beneficio de los ahorros nuevos, Castilla, el gran centro de toda España, desde Sevilla á Palencia y desde Cáceres á Lérida, tiene un aspecto marroquí, un color pardo que acoquina el alma... Pues nuestra industria, nuestros modos de trabajar, son tan anticuados como la forma de saturar la tierra. Tiene todo el mismo color pardo, uniforme y triste. No cabe duda. Lo atestiguo yo con fe profunda, porque he luchado viéndolo, porque gano el pan miserable con esa violencia del carácter: buscando mercados.

Creo firmemente que un pueblo se hace más liberal, más digno, más grande y honrado cuanto más moderniza su trabajo. Una máquina nueva

no sólo produce más, más barato y mejor, sino que también transforma el espíritu del obrero, de la fábrica y del pueblo en donde esté situada la industria. Lo demuestran las estadísticas, lo ve el sentido común que estudia, observa y aprende. Hace una revolución el modernismo en el trabajo, desde la piel hasta las entrañas. Fijáos en cómo visten, de qué manera más distinguida y elegante, los habitantes del litoral de España, por ejemplo, los habitantes de las provincias industriales, comparándolos con los del centro, con los de las provincias gamacistas ó agrícolas: Que siguen arando como en el siglo IX. Pues hablad con los habitantes de Asturias, de Santander, de Vizcaya y de Cataluña y veréis la diferencia de criterio, la diferencia de espíritu que se agita en sus almas comparándoles también con los del centro. Haced después una comparación entre nosotros y los alemanes, entre nuestros obreros y los obreros de Nuremberg y Franckfort, entre nuestros industriales y los industriales de Manchester, entre nuestros comisionistas y los comisionistas alemanes también y veréis la diferencia de todo: desde la cultura hasta la ganancia, desde la esplendidez, porque se consideran aptos para la lucha, hasta el amor mejor entendido por el bienestar. Nuestro miedo al porvenir nos hace raquíticos, porque no somos capaces de la ganancia grande ni de la dignidad de la ganancia. En el trato con ellos se ve la superioridad para todo: un comisionista inglés gasta tres veces más que un español, y un alemán y un francés algo más de dos veces que nosotros.

El defecto de todo el país es la rutina; el defecto de todo capitalista español es el miedo moral. Juntos van en maridaje triste, sin atreverse á emprender el consabido viaje de novios por el extranjero, acobardados como pobres aldeanos delante de la alfombrada puerta de la casa rica.

La línea cantábrica, y por debajo de los Pirineos hasta Valencia, siempre siguiendo la costa, trata de romper desde hace un cuarto de siglo con la vejez emperrada que viven y les rodean. Pesa el espectro, hay en su sangre aún la herencia feudal, los siglos *no vividos*, y esto no deja, sin duda, todavía libertad de acción. Se piensa mucho aún con los cerebros de nuestros antepasados.

Cada alma tiene sueños de figuras y sucesos medioevales, y las manos que trazan un plano, hacen *á la fuerza* las líneas de la máquina vieja ó del horno *recordado*... Esto es verdad; se observa en los detalles, es la esclavitud moral de la herencia maldita, que por crueldad de no sé qué, transmite siempre lo malo y no deja nunca lo bueno...

Sin embargo, hasta esa línea industrial y trabajadora, superior en todo y desde luego al resto del país, es una miseria en la labor comparada con otros países. Las fábricas, generalmente, son pequeñas. Los capitales, cortos ó cortísimos; los vuelos, los empeños, reducidísimos; el espíritu de asociación y de grandeza, incipiente y tímido... Castilla teme los arados nuevos y espera los canales de la iniciativa del Estado. El litoral industrial teme las innovaciones y espera la prosperidad de los aranceles. ¿No puede reunir tal objeto porque es caro á la entrada? Pues no hay por qué perfeccionarle ni abaratarle...

No hay novedad en el concebir industrias ni valor para lanzarse á ellas. Reconozco, sin embargo, que en Asturias se avanza más rápidamente que en el resto del país. Pero la nota dominante es la lentitud. Muchas veces no se atreven á montar una máquina más cuando la demanda sube por miedo á que baje y ya no haya donde emplear el instrumento productor... algunos fabricantes no han querido—tengo pruebas de ello—gastar 100 pesetas en una máquina que iba á dar 2.000 de ganancia, *por miedo á perder las 100*. Otros me han dicho que no venda tal objeto, después de haberlo extendido considerablemente por el mercado y prestarse por eso

á grandes negocios ensanchando los talleres. Ha habido fabricante que se quejaba de la mucha renta y espíritu mezquino de sociedad industrial que regatea la comisión por el delito de que su comisionista vendía considerablemente...

Pocas novedades se han hecho en nuestras fábricas desde que se implantaron, y esto es precisamente la causa de su imposibilidad de competir. Se atrasan bárbaramente. He visto unos planos de hornos para cristalería del siglo XVII que difieren muy poco de los que se están usando en la actualidad dentro de España. Mientras que en Francia, en Alemania, los hermanos Siemens han hecho hondísimas reformas, colosales en verdad, que hay hornos que ahorran más del 60 por 100 en la combustión... El espíritu europeo no ha encarnado todavía en nuestras costumbres, y por lo mismo tampoco es nuestro trabajo. Pero es preciso cambiar de concepto y traer ese espíritu á nuestra carne por medio del trabajo para que modifique acaso las costumbres. Además, es más fácil la innovación, la nueva vida, empezando por ahí, mejor que por las costumbres. A cada momento, cuando se habla con nuestros industriales acerca de salir á buscar mercado en América, en Egipto, en Marruecos, dicen que no estamos, que no somos capaces de eso. Se les dice: todo depende de estudiar, de querer; se les cita el ejemplo de las agujas de coser, que antes eran de fabricación casi exclusiva de Inglaterra, y hoy Alemania ha hecho el milagro de venderlas en todo el mundo y de llevarlas hasta á las mismas colonias inglesas, exportando más de 75.000.000 de francos anualmente... ¡Pues como si nada!

Si no hacemos lo que en Kintechen, que ya cité otra vez, donde se fabrica la loza por los mismos procedimientos desde hace más de dos mil quinientos años, no prosperará nuestra labor industrial en grado semejante á la extranjera.

Para que venza, suba, crezca en progresión enorme, como se debe crecer hoy, es preciso variarla más en sus cimientos actuales. Para que esa línea trabajadora, que recibe todos los días, no obstante, el contacto del mundo, puesto que está en el litoral casi toda; para que esa línea se ensanche y se haga visible, hay que educarla. Como á los castellanos ricos hay que meterles en el cerebro la idea de que sus hijos se hagan grandes agricultores y no miserables abogados; como á los labradores todos hay que arrancarles la vejez estúpida de la creencia en el santo, á los industriales ricos hay que infundirles la idea de que es un deleite hermoso el engrandecimiento de la fábrica. El drama de Galdós no sólo hace una revolución política, sino industrial también con el simpático Máximo hablando al corazón, más adentro sin duda, el lenguaje del trabajador y del vencedor de la electricidad. Tenemos que hacer libros, artículos, dramas, discursos, en los que aparezca á cada momento el resplandor magnífico de una boca de horno y vibre como himno estremeciente el gran poema de las máquinas redentoras... Tenemos que llevar la corriente de nuestros entusiasmos á todos los sitios. Hacer ver la idea de que es un miserable el que contempla y no levanta, de que es un indigno el que se conforma, se detiene y no pasa hacia la luz lejana. Tenemos que decir á los de Galicia: «No vayais como bestias resignadas en trenes piojosos á segar la Castilla con los dalles legendarios». Tenemos que decir á Andalucía: «Matad esa alegría triste, esa resignación á comer poco y aprovechad el clima». Es preciso gritar en la meseta castellana: «Si no os flais en la virgen, si no obedecéis á los caciques, si estudiáis la química y la maquinaria, podéis competir en el mundo con los trigos de Rusia y las harinas de Norte América». Se hace imperiosa la labor de pasar por la línea industrial de la Península agitando la vida de la asociación, de la muerte airada de los

bancos, de la cultura obrera, del amor á los viajes, de la educación técnica. «Al industrial que no sepa idiomas, debería ahorcársele; al industrial que no ha visto las fábricas similares y de sus competidores en el extranjero, debería expulsársele por falta de sentido común y de sentido práctico; al que no va, como no van los nuestros todavía, por el camino de pagar bien y de dignificar así á los trabajadores, debería echársele á la voracidad férrea de los volantes...»

Así hay que trabajar, compañeros. Así hay que alentar á los que trabajan ahora. Así hay que llevar á los corazones los nuevos sentimientos, el amor grande á la vida hermosa. Hay que meter ELECTRA en todas las fábricas; hay que hablar, como podamos, á los obreros del campo y á los agricultores de Castilla. Difundir bien, con el calor meridional y con la pasión fanática de una secta, las ideas, todas las cosas que hablen de vivir y de producir. Endiosar el trabajo, hoy maltratado en esta tierra todavía.

Creo, pues, con toda la firmeza de mi alma, que la España nueva, la España que echará á puntapiés esta política de ladrones y malas formas, es necesario traerla con los puños, trabajando todos, echando el sudor sobre el surco y el humo valiente contra el cielo...

*R. Sánchez Díaz.*

---

## VILLAMEDIANA

---

(Retrato de la época).

El conde, orgullo y gloria, las damas galantea,  
y á los nobles zahiere: madrigal y epigrama;  
cuando un paje de lejos y por señas le llama.  
No lleva el paje escudo ni señorial librea...

—Venid, le dice quedo, seguidme...—¡Adonde se!...  
Sólo deciros puedo que es hermosa la dama:  
Mas á oscuras el sitio está donde se os llama,  
y aún quiere que el camino desconocido sea...

Duda un momento el conde y recela, no en vano,  
que siniestra emboscada aceche sus arrojos...  
Mas, aferrando al cinto los dorados puñales,

al paje que sourie resuelto da la mano;  
y el pajecillo rubio pone sobre sus ojos  
un pañuelo bordado con las armas reales...

*Manuel Machado.*

## EL AMIGO OSSORIO

---

Entre los compañeros que estudiaron Medicina conmigo, ninguno tan extraño y digno de estudio como Fernando Ossorio, un muchacho alto, moreno, silencioso, de ojos negros intranquilos, de rostro impasible. Había entre los condiscípulos algunos que aseguraban que Ossorio tenía talento; otros decían que era un pobre de espíritu que sólo á fuerza de estudios podía ir aprobando los cursos.

Fernando hablaba muy poco, sabía con frecuencia las lecciones, faltaba de vez en cuando á clase y al parecer no le daba mucha importancia á la carrera.

Un día vi á Ossorio en la clase de disección que quitaba con cuidado un escapulario á un cadáver y lo guardaba en el bolsillo. Le pregunté para qué hacía aquello, y me dijo que hacía colección de todos los escapularios, medallas y reliquias que llevaban los cadáveres á la clase de disección.

Desde aquel día intimamos algo, y hablábamos de pintura, arte que él cultivaba como aficionado. Me decía que á Velázquez lo consideraba como un gigante bárbaro, á Murillo como á un pin or despreciable. Los únicos pintores que estimaba eran los anteriores á Velázquez, como Pantoja, Sánchez Coello y sobre todo el Greco.

A pesar de esto no podía comprender que un muchacho que estaba siempre tan á gusto con Santana, el condiscípulo más cerril de la clase, pudiera tener algún talento.

Después, cuando estudiábamos clínicas, le veía siempre á Ossorio mirando con curiosidad á los enfermos, haciendo croquis en su cuaderno. Dibujaba unas figuras locas, estiradas, á veces grotescas, á veces llenas de una vida y de un espíritu diabólico.

—Lo natural es estúpido—me decía.—El arte no debe ser nunca natural. Los sentimientos sinceros son siempre torpes. Hay que buscar algo agudo, algo finamente torturado.

—Con esas ideas, ¿cómo le puede usted soportar á ese imbécil de Santana, que es tan estúpidamente natural?—le dije una vez.

—¡Oh! Es un hombre muy divertido—me contestó sonriendo.—A mí, la gente que me conoce me estima; pero él siente un desprecio tan profundo por mí, que me hace que le admire.

Un día, en una de esas conversaciones en que dos hombres se vacían espiritualmente, como decía un afamado profesor, contándose confidencias, le hablé de lo poco clara que me resultaba su persona, de cómo había días en que creía que era un necio completo y otros en los cuales me asombraba, me parecía, no sólo que tenía talento, sino hasta genio.

—Sí, hay algo de eso—murmuró Ossorio.—Yo soy un hombre extraño, soy degenerado en el fondo. De niño fuí de esas criaturas que asombran á todo el mundo con su precocidad. A los cinco años dibujaba y tocaba el piano. Celebraban todos mi talento y había quién aseguraba que yo sería una eminencia. Mi nodriza, la pobre, que siempre me ha querido mucho, sentía cierto miedo por mi inteligencia de niño tan brillante.

Mi abuelo me mostraba á los amigos de casa y yo hablaba de todo con una seguridad y un dominio grandísimo. A los nueve años me llevaron á confesar y sentía yo una verdadera repugnancia por aquello. En el instituto era yo una verdadera lumbrera, ganaba los premios, se me ponía como ejemplo para todo; la única cualidad que no tenía era la de la reli-

giosidad. El profesor de psicología se acostaba pensando que yo iba á resultar algún gran hereje. Me llevaron á comulgar á los catorce años, y recuerdo que estaba tan preocupado por la ceremonia, que al llegar á casa cogí una Biblia á hurtadillas que guardaba mi abuelo, y á los tres ó cuatro días salí diciendo en la mesa que este sacramento de la Comunión no estaba establecido por Dios y que Jesucristo habló en sentido figurado cuando dijo por el pan: este es mi cuerpo, y por el vino: esta es mi sangre; añadí que no comprendía que en una cosa que va al estómago y se disuelve allí como cualquier otro alimento pueda estar Dios.

Mi abuelo sonreía al oírme hablar; mi nodriza, en cambio, se asustó tanto, que pidió á mi abuelo por favor que no me imbuyera ideas anti-religiosas. ¡Pero para eso estaba yo! ¡Para dejarme convencer con los argumentos piadosos de mi nodriza!

Al ir á concluir el bachillerato mi padre se murió. A mí, la verdad, su muerte no me produjo ningún dolor; pero, en cambio, la presencia de la muerte me turbó el espíritu de tal manera, que me hice preocupado, serio y torpe, y mis brillantes facultades intelectuales, sobre todo mi portentosa memoria, desaparecieron.

—Este chico se ha entontecido—decían todos los amigos de casa.

Y era verdad; estaba sombrío, se me olvidaba todo, y no encontrándome con alientos para estudiar una carrera matemática, me puse á estudiar Medicina, y yo, que había sido antes un prodigio, no he llegado á ser ni siquiera una mediano estudiante, y con notas detestables estoy concluyendo la carrera. Por eso le decía á usted antes que hay en mí algo de degenerado.

—¿Y piensa usted ejercer la carrera?—le pregunté yo.

—No, no. Me repugna extraordinariamente. Además, me considero á mí mismo como un menor de edad. Algún resorte se ha roto en mi vida que no sé cuál es.

Ossorio me dió una profunda lástima al oírle, y durante cuatro ó cinco días no pude apartar su recuerdo de mi memoria. Poco á poco se me borró la imagen de mi compañero. Supe que después de concluir la carrera, por influencia de un tío suyo senador, le habían dado un destino y nada más. Años después, en la Exposición de Bellas Artes, vi un cuadro de Ossorio colocado en la sala del crimen, sitio en donde suelen reunir lo peor que va á parar allí. El cuadro representaba una habitación pobre, con un sofá donde se veían dos muchachos, elegantemente vestidos de negro, y dos niñas de diez á doce. A un lado se veía por una ventana los tejados del pueblo y el humo de las chimeneas que iba ascendiendo lentamente en el aire. El cuadro se llamaba *Horas de silencio*. Estaba en general mal pintado, con sólo tres colores; pero había en todo él una atmósfera de sufrimiento contenido, una angustia, un dolor tan vagos, que producía una impresión de pena por el autor. Aquellos jóvenes enlutados en el cuarto triste, frente á la vida y al trabajo de una gran capital, dan miedo. En las caras alargadas y aristocráticas de los cuatro se adivinaba una pasada existencia de refinamiento, se comprendía que en el cuarto triste se habían desarrollado escenas de una desgracia punzante; se adivinaba además en lontananza una terrible catástrofe.

Yo contemplaba ensimismado el cuadro cuando se presentó Ossorio. Se había dejado la barba y estaba pálido, demacrado.

—Querido. Esto es hermoso—le dije.

—Sí. Eso creo yo también; pero aquí nadie se ocupa de mi cuadro. Puedo decir que he tenido el éxito del silencio más absoluto. Yo deseaba que alguno de esos críticos imbéciles de los periódicos se ocupara de mi cuadro con la idea romántica de que una mujer que me gusta supiera que



yo soy hombre de talento capaz de pintar cuadros. Una necesidad. Ya ves tú á las mujeres qué les importa que un hombre tenga talento ó no.

—Hombre. Habrá algunas...

—¡Ca! Las pobrecitas son tontas. Pero eso es lo de menos; lo que me molesta es que me encuentro hueco, siento la vida absolutamente vacía, me acuesto tarde, me levanto tarde y al levantarme me encuentro cansado; como, y ya estoy tendido nuevamente en un sillón, sin ganas de hacer nada. Mi vida es una vida de cerdo.

—Cásate.

—¿Para qué? Además que no puedo decidirme. Mi espíritu tiene tanto miedo á la acción, está sumido en una pena tan profunda, que temo que no he de hacer más que pasar como un observador indiferente por la vida á pesar mío.

—Se hace voluntad.

—Bah. No y no. Cuando se tiene la inercia dentro del alma no se hace nada más que entretenerse en desgarrar la conciencia, analizándose uno á sí mismo.

—¿Pero tú tienes motivos para esa apatía?

—No, en la vida no he sufrido desengaños; mi vida se ha deslizado casi con placidez; podría contar en cosas pequeñas más triunfos que derrotas.

—Entonces, ¿por qué estás triste?

—Es que tengo el pensamiento amargo. ¿De qué proviene esto? No sé á punto fijo. Yo me lo explico por herencia.

—Eres un hipocondríaco. Te escuchas demasiado, como dicen los médicos, nada más.

—¡Oh! Si pudiera no escucharme. ¿Crees que no lo haría? Dices: Eres un hipondríaco. Me basta esto para ser un desgraciado. ¡Si yo pudiera cambiarme por cualquiera de estos hombres! ¡Con qué gusto lo haría!

Mi amigo se calló.

Hablábamos y volvíamos por la Castellana hacia Madrid. El centro del paseo estaba repleto de coches; por los lados paseaba gente atildada y elegante. Era un anochecer de Mayo. La vuelta de los coches y de la gente de la Castellana hacia el centro de Madrid tenía algo de la elegancia afeminada de un paisaje de Watteau. Los coches iban encendiendo los faroles y se les veía formando una masa en el centro del paseo. El cielo estaba azul, de un azul líquido; alguna que otra estrella plateada aparecía tímidamente en la bóveda celeste.

—Sí. La influencia histérica—dijo Ossorio al cabo de más de un cuarto de hora en que creí que había ya olvidado el tema desagradable de su conversación—se marca con claridad en mi familia: la hermana de mi padre loca, un primo suicida, un hermano de mi madre que murió idiota á los catorce años, un tío suyo alcoholizado... Es tremendo, tremendo;—luego, cambiando de tono en la conversación, siguió diciendo:—El otro día estuve en un baile de una casa particular, y me sentí molesto porque nadie se ocupaba de mí y me marché en seguida. Estas chicas—y me señaló á un grupo de muchachas que pasaron riendo y hablando alto á nuestro lado—no quieren más que al hombre joven elegante que les diga cosas ligeras, agradables, y yo soy demasiado triste para eso. Al día siguiente me marché al café á la reunión de unos amigos pintores y me encontré también molesto. Quisiera hacer algo; pero no sé qué. La literatura me gustaría, pero es poco plástica; la medicina me repugna por ese elemento groseramente humano con el que hay que luchar. Hay que encontrar un fin para la vida. Eso es lo terrible. ¡Si yo pudiera tener un trabajo manual! Pero quizás lo abandonaría inmediatamente. Adiós, amigo. Me marchó. Voy detrás de esa mujer vestida de negro.

Vi á mi amigo que se deslizaba entre la gente y pronto se perdía de vista. Desde la plaza de la Cibetes, la calle de Alcalá, iluminada por sus focos de luz eléctrica, y al final en una ligera faja de color amarillento que aún quedaba como vestigio del resplandor del sol, se destacaba la silueta de una torre. Por la ancha calle en cuesta se veían los coches que corrían, las luces de los faroles brillaban como insectos luminosos, el cielo azul iba estrellándose. Daba aquel anochecer una impresión del aniquilamiento, de la fatiga de un pueblo que se preparaba para los placeres de la noche tras de las perezas del día...

*Pío Baroja.*

---

## MUJER Y GATA

La sorprendí jugando con su gata  
y contemplar causóme maravilla  
la mano blanca con la blanca pata,  
de la tarde á la luz que apenas brilla.

¡Cómo supo esconder la mojígata,  
del mitón tras la negra redecilla,  
la punta del marfil que brilla y mata  
con acerades tantes de cuchilla!

Melindrosa á la par su compañera  
ocultaba también la garra fiera;  
y al rodar (abrazadas) por la alfombra,

un sonoro reír cruzó el ambiente  
del salón... y brillaron de repente  
cuatro puntos de fósforo en la sombra!

**Paul VERLAINE.**

---

## LETRAS FRANCESAS

### EL RUFIAN

De sus treinta y dos dientes el esmalte luciente  
brilla en el rico estuche de su boca escarlata.  
Sus rizados cabellos por los que en otro tiempo  
infazona abadesa locamente lo amara,  
ruedan hasta sus ojos, que arden como carbunclos,  
bajo la negra curva de sus cejas pintadas,

Con la mano, enguantada de negro, en la cadera,  
su chambergo de plumas, arrastrando la espada,  
cruza indolentemente bajo los miradores.  
Es de seda el colete; y entre hierbas de plata,  
fulguran en el pomo de sus regios puñales  
el limpido diamante y la verde esmeralda.

En su cámara, donde se respira el aliento  
de ramos deshojados, áttivas castellanas,  
bajo el velo la frente cargada de lujuria,  
amontonan doblones, joyeles y piastras,  
por besar las estrellas de sus ojos oscuros  
y sus labios iguales á una res degollada.

Bello como un Dios joven, bravo cual su tizona,  
habiendo muerto en duelo al conde de Montaga,  
tres dedos del pontífice, y veinte condotiéros,  
tranquilo, alta la frente, por las ciudades pasa  
á sus pies arrastrando almas que se han herido  
en la luz que despide su florida mirada.

*Jeán Moréas.*

(Traducción de Géminis).

# ¡TOROS!

Los durayneros alegres se animan de rosa; el Retiro está todo verde, y con la primavera llegaron los toros. Se han vuelto á ver en profusión los sombreros cordobeses, los pantalones ajustados, en absurda ostentación calipigia, las foces glabras de las gentes de redondel y chuleo. El día de la inauguración de las corridas fué un gran día de fiesta.

Pude saludar, varias veces por la calle de Alcalá, al espíritu de Gautier. Era el mismo de los tiempos de Juan Pastor y Antonio Rodríguez: las calesas estacionadas á lo largo de la vía, las mulas empomponadas, los carruajes que pasan llenos de aficionados y las mantillas que decoran tantas encantadoras cabezas. Parece que en el aire fuese la oleada de entusiasmo; todo el mundo no piensa si no en el próximo espectáculo; no se habla de otra cosa; las corbatas de colores detonan sobre las pecheras; las chaquetas parece que se multiplican; los cascabeles suenan al paso de los vehículos; en los carteles chillones se destaca la figura petulante del torero. ¡El torero!...

«Se ha dicho y repetido por todas partes que el gusto por las corridas de toros se iba perdiendo en España y que la civilización las haría pronto desaparecer; si la civilización hace eso, peor para ella, pues una corrida de toros es uno de los más bellos espectáculos que un hombre puede imaginar.»

¿Quién ha escrito eso? El gran Theo, el magnífico Gautier, que vino «tras los montes» á ver la fiesta del sol y de la sangre; Barrés, después, hallaría la sangre, la voluptuosidad y la muerte. Es explicable la impresión que en aquel hombre que «sabía ver» harían las pompas circenses. No es posible negar que el espectáculo es suntuoso; que tanto color, oros y púrpuras bajo los oros y púrpuras del cielo, es un singular atractivo, y que del vasto círculo en que operan esos juglares de la muerte, resplandecientes de sedas y metales, se desprenden un aliento romano y una gracia bizantina.

Artísticamente, pues, los que habéis leído descripciones de una corrida de toros ó habéis presenciado ésta, no podéis negar que se trata de algo cuya belleza se impone. La congregación de un pueblo solar á esas celebraciones en que se halaga su instinto y su visión, se justifica, y de ahí el endiosamiento del torero.

*Nodier raconte qu'en Espagne...*

Fácil es imaginarse el entusiasmo de Gautier por esta España que aparecía en el período romántico como una península de cuento; la España de los *chateaux*, la España de Hernani y otra España más fantástica, si gustáis, y la cual, aun cuando no existiese, era preciso inventar. Esa venía en la fantasía de Gautier, y los toros vistos por él correspondían á la máquina inventiva.

El detalle le atrae; documenta y hace sonreír la sinceridad con que corrige á sus compatriotas buscadores de «color local»; se debe decir *torero*, no *toreador*; se debe decir *espada*, no *matador*. Ya enmendará luego la plana á Delavigne diciéndole que la espada del Cid se llama *Tizona* y no *Tizonada*; para resultar que hay una estocada en la corrida que se llama á *vuela pies*. ¡Oh! El español de los franceses daría asunto para curiosas citas, desde Rabelais hasta Mauricio Barrés, pasando por Víctor Hugo y Verlaine.

Los toros atraieron la atención del poeta de los *Esmaltes y Camaféos*. Cuando iba á sentarse en su sitio, en la plaza, «experimenté—dice—un deslumbramiento vertiginoso. Torrentes de luz inundaban el circo, pues el sol es uno araña superior que tiene la ventaja de no regar aceite, y el gas mismo no le vencerá largo tiempo. Un inmenso rumor flotaba como una bruma de ruido sobre la arena. Del lado del sol palpitaban y centelleaban miles de abanicos y sombrillas. Os aseguro que es ya un admirable espectáculo doce mil espectadores en un teatro tan vasto, cuyo plafón solo Dios puede pintar con el azul espléndido que extrae de la urna de la eternidad.» Después serán las peripecias de los juegos, la magnificencia de los trajes y capas; los mismos sangrientos incidentes; caballos desventrados, toros heridos, y el público tempestuoso, un público de excepción, cuyo igual no sería posible encontrar sino retrocediendo á los circos de Roma; todo con sol y música y clamor de clarines y banderillas de fuego. El hace su resumen: «La corrida había sido buena; ocho toros, catorce caballos, un chulo herido ligeramente; no podía desearse nada mejor.» Que por razones de imaginación y sensibilidad artística hombres como Gautier se contagien del gusto que por los toros hay en España, pase; pero es el caso que ese contagio invade á todos los extranjeros de cáriz intelectual, y no es raro ver en el tendido á un rubio *commis-voyageur* dando muestras flagrantes del más desbordado contentamiento.

Lo que es en España será imposible que llegue un tiempo en que se desarraigue del pueblo esta violenta afición. Antes y después de Jovellanos ha habido protestantes de la lidia que han roto sus mejores flechas contra el bronce secular de la más incommovible de las costumbres. En las provincias pasa lo propio que en la capital. Sevilla parece que regara la sangre de sus claveles con esas feroces soavetaurintias; allí las fiestas de toros son inseparables del fuego solar, de las mujeres cálidamente amorosas, de la manzanilla de la alegría furiosa, la corrida es una voluptuosidad más; y la opinión de León Bloy sobre la parte sensual del espectáculo encontraría su verdadero pilar en el goce verdaderamente sádico de ciertas mujeres que presencian la sangrienta función. La Sevilla de las estocadas de Mañara, de la molicie morisca, de las hembras por las que se desleía Gutierre de Cetina, de las sangres de Zurbarán, de las carnes femeninas de Murillo, de las gitanillas, de los bandidos generosos, tiene que ser la Sevilla del clásico toreo. Bajo Fernando III ya los mozos de la nobleza tenían su plaza especial para el ejercicio del sport preferido. Pactos reales ó la toma de Zamora se celebraban con toros. El cardenal arzobispo D. Rodrigo de Castro prohibió durante su jubileo las corridas. La nación luchó con Su Ilustrísima y venció, apoyada por Felipe II. La corrida se da, y en ella,

«Veinte lacayos robustos  
con ellos delante salen;  
morado y verde el vestido,  
espadas doradas traen;  
de ser Don Nuño y Molina  
dan muestra y claras señales,  
que aunque vienen embozados  
no pueden disimularse.»

En tiempos de Felipe IV toreó á caballo D. Juan de Cárdenas, un truhán del Duque, de excelente humor, con tanta destreza y bizarría, que al toro más furioso dió una buena lanzada. «Mató S. M. tres toros con arcabuz», dice un revistero de la época. Felipe V quiso sustituir la corrida por *juegos de cabeza*, pero el francés fué derrotado por el español. ¡Ayer, como hoy, los toros *for ever!* No ha habido aquí poeta ni millonario que haya